

ARISTOCRACIA Y PLEBE: Lima 1760-1830,

Alberto Flores Galindo. Mosca Azul Editores, Lima, 1984. 270 pp.

Tras un discurso que combina hábilmente análisis y relato, Alberto Flores Galindo nos introduce al mundo social de la Lima colonial en el marco de un espacio temporal decisivo en la historia peruana: 1760-1830, cuando el último esplendor del orden colonial preludia una crisis de la que nace la República.

Marcos cronológicos concretos, para un espacio que no llega a definir límites precisos. Pero que tampoco preocupa al autor hacerlo. Pues el estudio de la Lima colonial, sede política de uno de los espacios coloniales más vastos e importantes del imperio español, aspira a convertirse, más bien, en una puerta de ingreso a la comprensión de la sociedad colonial en su conjunto. La preocupación se centra en el seguimiento de los grupos, "posibles clases sociales", que si bien confluyen al interior de este espacio: Lima, ciudad y campo, también actúan y se movilizan fuera de él. Estas "entidades colectivas" serán rastreadas y definidas no sólo a través de su rol económico, sino también de sus actitudes culturales, su mentalidad y las expresiones más sutiles de su vida cotidiana. La observación pictórica y hasta el análisis literario resultan enriquecedores al explorar este universo de relaciones sociales, actuando como valioso complemento de un análisis que se sustenta básicamente en información de archivos. Las imágenes resultantes derivan en un universo complejo, tenso y violento, que echan por tierra las imágenes idealizadas de la "Lima dorada" cantada en los vales. En este sentido, puede decirse que el libro de A.F.G. pone sepultura definitiva al mito de la "Arcadia colonial", contra el que se levantara (precursoramente) Sebastián Salazar Bondy, desde sus incisivas páginas de *Lima la Horrible*.

Desde el punto de vista historiográfico, no obstante, esta imagen no resulta

demasiado nueva. Pablo Macera, Javier Tord y Carlos Lazo, y de un modo especial Christine Hünefeldt, nos han aproximado ya, de manera no menos lejana, a la compleja realidad social que aborda A.F.G. Interesa, por ello, reparar más bien en los aspectos polémicos y sugestivos del texto: el particular enfoque de "clases sociales", que es lo que en última instancia estructura el libro.

Ciertamente, no se trata de un primer intento de aproximarse a la sociedad colonial de manera explícita por una vía de "clases" (pensamos básicamente en los trabajos de Tord y Lazo), pero sí de una alternativa distinta. Y la diferencia fundamental está en su empirismo determinante. Una clase no se define en abstracto ni de una vez para siempre, una vez establecido el "modo de producción" (categoría virtualmente ausente en el análisis de A.F.G.). Porque una clase se define en un lugar y un tiempo determinado y es, ante todo, una realidad dinámica. "Una realidad en movimiento", en palabras del autor, que "en función de las circunstancias que vive, soporta o genera, pasa por diversos estadios: períodos de formación, de hegemonía sobre una sociedad; de disgregación y ocaso. En cualquiera de esos momentos resultan indesligables las relaciones económicas de la cultura y mentalidad que cohesionan a los hombres" (p. 17). Son premisas que constituyen en hilo conductor del libro y que, pese a su apariencia "herética" en relación a la teoría marxista ortodoxamente concebida, representan de ella, una interpretación si bien más genérica, enriquecida, en cambio, con los aportes teóricos de E.P. Thompson, renovador del materialismo histórico. El enfoque conserva, por lo demás, una base marxista indiscutible: la estructura social se va perfilando tras el análisis del aparato económico, si bien el universo de las relaciones sociales requiere aún de una más compleja interpretación. Es, en efecto, el análisis de la economía manejada desde Lima, con el que se abre el libro, lo que va definiendo a una poderosa aristocracia de base mercantil. Enseñoreada del



comercio en el Pacífico y ejerciendo el control del aparato interno del mercado, esta aristocracia, que actúa en estrecha vinculación con la administración colonial, establece las reglas de juego de un sistema económico que imprime las características de la estructura social; la constatación del omnímodo poder económico y político de esta clase oscurece las imágenes de un país dominado por los "señores de la tierra". Dentro de esta lógica, las "clases medias" de Lima surgen de la necesidad de intercambios de la aristocracia mercantil (que no comercia de mano propia), en tanto la "plebe" se define laboralmente dentro del sector de trabajadores ocasionales y subempleados, que son parte estructural de este sistema. Los esclavos son, a la vez, piezas claves en el funcionamiento del mismo, si en el campo son la fuerza de trabajo indispensable que sustenta una producción destinada al mercado externo, controlado precisamente por la aristocracia, en la ciudad son requeridos para cubrir en forma más directa sus necesidades (que, por cierto, no son sólo económicas; a mayor número de esclavos mayor "status"). Sólo los indios parecen escapar a este esquema. Prácticamente no forman parte del componente urbano; optan por el aislamiento, se repliegan a las costas, refugiándose en la pesca.

Pero este esquema, inobjetablemente básico, no basta para una caracterización de las clases. Porque éstas se definen, en última instancia y en tanto realidad dinámica, en su praxis, en el terreno de la "lucha de clases", la misma que de acuerdo al análisis de A.F.G. no se hace palmaria en la sociedad colonial estudiada: la inminencia de una realidad obliga a una nueva lectura de los presupuestos teóricos. Pues si en un primer momento los esclavos parecen representar a esa "clase antagónica" más claramente opuesta a la aristocracia, conforme avanza el siglo se disgregan y parecen diluirse en el conjunto de la "plebe" (donde étnicamente confluyen las "castas"), mientras la condición de clase de esta última queda reducida tan

sólo a una posibilidad. Porque el enfrentamiento, el conflicto social se dio, por supuesto, pero de modo indirecto. A la violencia que imparte la aristocracia para ejercer su dominio, se responde con una violencia que antes de recaer sobre el agresor, termina reproduciéndose al interior de los propios sectores dominados. Las respuestas individuales (delincuencia, cimarronaje, bandolerismo) se imponen finalmente sobre las posibles salidas colectivas. Y esta violencia, que el autor caracteriza como un "componente estructural" del orden colonial, deviene por último en estéril.

En la contraparte, la aristocracia mercantil de Lima demuestra no ser incólume. Ya entrado el siglo XIX conoce su ocaso y pierde ese poder omnímodo que le hizo jugar un rol hegemónico dentro del bloque dominante. Prácticamente se dispersa con la proclamación de la independencia, luego de una crisis que afectó seriamente su base económica. La estrecha identificación de la aristocracia con el orden colonial, de otro lado, impidió que llegado el momento de la ruptura con la metrópoli, pudiera optar por una salida nacional. Hacia esos mismos momentos, de acuerdo al análisis de los acontecimientos previos a la independencia en Lima, la plebe de la ciudad parece cohesionarse en torno a un sentimiento antiespañol. Pero ello sólo sirve para constatar una realidad que el autor reconoce como momentánea. La excesiva fragmentación (ocupacional, étnica, cultural) de los "sectores populares" en Lima siguió impidiendo la formulación de una alternativa "desde abajo", opuesta al colonialismo. Y así, pues, tanto "desde arriba", como "desde abajo", la sociedad que encuentra la república sólo podría definirse con sectores sociales que más que clases en un sentido estricto, habrían sido su posibilidad.

Poder encontrar en el libro de A.F.G. desde una interpretación de la "crisis" del siglo XVIII y un análisis sobre la estructura de un mercado interior, hasta "cuadros vivos" de la Lima colonial en

sus más diversos rostros: vida en las calles, plazas, vida familiar; nos invita a pensar este texto como una obra acabada de "historia total" (clara herencia de la escuela clásica de los Annales). Pero este afán totalizador de la historia, lejos de ser gratuito, aparece inserto en la necesidad de descifrar las estructuras sin soslayar a los individuos, y desde una perspectiva en que la aplicación

atemporal y automática de esquemas teóricos cede el paso a una vía esencialmente empírica de interpretar una teoría. Expresión y síntoma de una historiografía en renovación. Pero también reto para la historia marxista peruana y para las futuras formas de hacer historia en el Perú.

CECILIA MÉNDEZ G.